

al bien con la menor mezcla de mal posible, entónces no cabe duda en que Bravo se mostró más heróico que Scévola, y que Bruto ó Guzman, ó Lord Capel. Aun puede asegurarse, que bajo cierto aspecto, lo fué más que el mismo Colon lanzándose á un mar poblado sólo de peligros y de espantos; más que Hernán Cortés quemando sus naves para obligarse á morir ó vencer. Estos son rasgos de intrepidez admirables, sublimes; pero no importan al mismo tiempo un acto de virtud, pues pudieran ser efecto de una ambicion desenfrenada de gloria ó de poder, resultados de un móvil que á los ojos de rígida moral fuese merecedor de censura. "La raíz del mal se halla en la vanidad (dice un escritor elocuente), y la raíz del bien en la caridad; de suerte que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo, y las pasiones virtuosas un compuesto de amor."

Convengamos en que si los indicados y otros semejantes, son los más heróicos hechos de que se envanece la Historia, no hay ninguno, al ménos en su especie, que pueda rivalizar con el de Bravo, ni en mérito moral ni en condiciones para despertar un entusiasmo puro y virtuoso.

Hoy, al cumplirse una centuria desde el nacimiento de Bravo, séanos permitido proclamar esta verdad ante el mundo entero. No será un arranque de vanidad mezquina, fundada en que el héroe nació en suelo mexicano; pues reconocemos que los grandes hombres, sobre todo los que descuellan por sus sentimientos generosos, pertenecen propiamente á la familia humana, y á toda ella la honran y ensalzan con sus hechos. Son como otros tantos oasis en medio del desierto, espantoso y árido, que ofrece á los ojos del filósofo la Historia, ese triste relato de opresiones, vicios y crueldades que afligen ó avergüenzan al filántropo. Personajes como D. Nicolás Bravo en 1812 reconcilian con la humanidad al misántropo más sombrío. Su noble figura se eleva sobre el campo de nuestra historia nacional como un coloso resplandeciente, como el verdadero símbolo de la virtud nombrada Fortaleza, feliz combinacion de valor y constancia ante el peligro con la magnanimidad y clemencia que tanto ilustran la victoria.

México, 1886.

IGNACIO MARISCAL.

## VENGANZA DE INSURGENTE.

ROMANCE HERÓICO.

### DOS PALABRAS.

Historiadores y cronistas, prosistas y romanceros están de acuerdo en que *el perdon de los trescientos prisioneros* del General Bravo se verificó en la villa de San Miguel de Medellin; y no pretendo destruir, ni siquiera refutar, lo que consignan la Historia y la tradicion; pero convenia á mis intereses de autor colocar la accion en otro lugar, para poder tributar un elogio á esos patriotas que en el rango de la clase de *tropa*, consuman actos de abnegacion y heroismo, y mueren distantes de su hogar y de su familia, sin que nadie les consagre despues un recuerdo; ¿y qué mejor ocasion que aquella en que se recuerda el nacimiento de un varon esclarecido? Quise tambien, como un homenaje á la memoria del magnánimo General D. NICOLÁS BRAVO, anatematizar la frecuente imposicion de la *pena de muerte*, que tan pródigamente vemos llevan á cabo desde el jefe más caracterizado hasta el último jefe de rurales, y esto sin observar los principios más elementales de un juicio, pues basta en muchos casos con la sola identificacion de la persona; ¿y qué mejor oportunidad que la de realizarse la glorificacion de un héroe que tuvo abnegacion bastante para sacrificar agravios propios en aras de la causa que defendia?

Por otra parte, si de los cantares del poeta no han de brotar sino simples relatos sin comentarios y la expresion de sentimientos y deseos propios, déjese la tarea á los formadores de crónicas y cierre su boca el que canta, pues no tiene derecho de importunar á la humanidad con sus lamentaciones, ni merece los honores de la rima aquello que puede ser dicho y admirado en buena



prosa; y si de los cantares del poeta no ha de deducirse alguna enseñanza, alguna máxima, algun consejo, alguna censura, encaminado todo á un buen fin, déjese cantar á las aves, pues nadie puede igualarlas en sentimiento, belleza y melodía; déjese á los panegiristas asalariados, pues nadie como éstos para loar y enaltecer los mayores desaciertos.

Además, he tenido en cuenta que escribía un *Romance* y no una *Historia*, y de ahí resulta que, *con excepcion del hecho memorable del perdon de los trescientos prisioneros*, no haya otra cosa en mi composicion, que no sea *pura fantasía*.

En cuanto á la exactitud é imparcialidad de las pocas apreciaciones que hago, no me toca juzgar.

Nada digo respecto de pobreza y defectos del trabajo, porque jamas he pretendido ocultar lo que está á la vista: mi insuficiencia.

Que en esta vez, como en otra, me disculpe el respeto que guardo á la memoria de aquellos que nos dieron Patria.

EL AUTOR.

### INVOCACION.

Rayos de sol, nacidos en Oriente  
 En corona de llamas,  
 Que iluminais las insondables simas  
 Repletas por las aguas  
 Del mar, que azota cuotidianamente  
 Las rocas socavadas;  
 Que convertís en iris las espumas  
 Que mueren en la playa;  
 Dad claridad y brillo y valentía  
 A mi oscura palabra.

\* \* \*

Arenas que formais robusto dique  
 En fuerza de ser tantas,  
 Nada importa si sois como los pueblos,  
 Innúmeras y mansas;  
 Que brilleis como polvo diamantino  
 Cuando el sol os abrasa,  
 Volviendo á ser arena, y sólo arena,  
 En la noche callada;  
 Como los pueblos que parecen libres  
 Con leyes soberanas  
 Que les dan apariencia de grandeza  
 Cuando es justo el que manda;  
 Pero si este pronuncia un *yo lo quiero*,  
 ¡Pobre grandeza humana!  
 Libertad, pueblo y ley, son, todos juntos,  
 Arena, polvo . . . ¡nada!

\* \* \*

Puras y hermosas gotas de rocío  
 Que dejais esmaltadas  
 Las verdes hojas del rosal frondoso,  
 La bienhechora parra,  
 La sazónada espiga sarracena,  
 La mazorca dentada;  
 Venid tambien, que sois como el aliento  
 Del pobre que trabaja,  
 Pues que prestais gustosas á las flores  
 Vuestras mejores galas,  
 Y si quereis brillar por cuenta propia  
 Y ver del sol la cara,



Al primer resplandor que llega á heriros  
 Quedáis evaporadas:  
 Así para otros trabajando el pobre  
 Su mejor vida gasta,  
 Y si quiere salirse de su esfera,  
 Buscando otra más alta,  
 Cuando le mira airado el poderoso,  
 Se humilla, sufre y calla.

\* \* \*

Ansia del niño que impaciente corre  
 Fijando las miradas  
 En el insecto volador que cruza,  
 De deslumbrantes alas;  
 Que si tropieza sigue su carrera  
 Y si cae se levanta,  
 El deseo asomándole á los ojos,  
 Y en la sonrisa franca  
 El gozo que retoza y culebrea  
 Por su boca de grana;  
 Eres igual á la ilusion del hombre,  
 ¡Oh ansia malhadada!  
 Pues cuando el niño mira entre sus dedos  
 El polvo de oro y plata  
 Que llevaba la pobre mariposa  
 En sus alas de gasa,  
 La arroja descontento por el suelo  
 Sin brillo y estropeada:  
 Así el hombre, nutrido de ilusiones,  
 Si realidades palpa,  
 Los sentimientos nobles y sublimes  
 Del corazón arranca,  
 Y éste se encuentra herido y moribundo,  
 Y . . . . palpitante . . . . ¡salta!

\* \* \*

Perfume vespertino que despide  
 La caléndula blanca,  
 Llégate aquí: sutil como la idea,  
 Vuela, penetra, embriaga,  
 Fascina y enloquece; que te sigan  
 En falange sagrada,  
 Resplandores, y nieblas, y crepúsculos,  
 Tempestades y calmas,  
 Brisas, ciclones, montes y llanuras,  
 Abismos y montañas;  
 Muchedumbres que vengan pisoteando  
 Coronas destrozadas,  
 Lorigas rotas, abollados yelmos  
 Y quebrantadas lanzas,  
 Fragmentos de cadenas y picotas,  
 Bonetes y tiaras  
 Y de naciones mil las mil banderas  
 Flotando sobre un asta,  
 Con un lema que diga á todo el mundo:  
 "Serémos siempre hermanas;"  
 Y brote de esa mezela heterogénea  
 Una canción extraña  
 De múltiples cadencias que se buscan,  
 Se encuentran y se abrazan,  
 Para formar un *todo* incomprendible  
 Que conmueve y espanta,  
 Con gritos y suspiros y lamentos,  
 Blasfemias y amenazas,  
 Y sonrisas, y lágrimas, y dudas,  
 Temores y esperanzas;  
 Y despues, suavizándose las notas,  
 Suenen ténues y vagas  
 Como el *pio* del ave que dormita  
 Soñolienta en la rama,  
 Como murmurio de naciente arroyo,  
 Como vaiven de palmas;



Y despertados todos los silencios  
 Que duermen en la nada,  
 Resuene, al fin, un himno majestuoso,  
 Un patriótico "hosanna,"  
 En justa loa del varon egregio  
 A quien mi musa predilecta canta.

## I

## AGUA Y FUEGO.

Un poco más acá de Tlalixcóyan,  
 Quedando Medellín á la derecha,  
 Las aguas caudalosas del Jamapa  
 Se dividen en forma de Y griega,  
 Formando en medio de tupido monte,  
 Ancho y espeso, impenetrable delta,  
 Y de una á otra márgen se levantan  
 De oscuras lavas caprichosas crestas,  
 Dejando presumir que de la cima  
 Del gran Citlaltepctl, en otra éra,  
 Brotaron mares de candente lava  
 Que recorrieron la distancia extensa  
 Hasta el lugar que queda señalado,  
 Sin duda no menor de treinta leguas,  
 Y al llegar á los álveos de los ríos  
 Se debieron erguir, bravos, soberbios,  
 Y para comprobar la conjetura,  
 Hé aquí lo que consigna la leyenda:

Al verse detenidas en su curso  
 Por trasparente y líquida barrera,  
 Un mugido de lavas arrojaron,  
 Y las aguas hicieron una mueca  
 Acompañada de ruidosas risas  
 De travesura y de malicia llenas,

Y las lavas gritaron: "paso libre,  
 Que somos el emblema de la fuerza."  
 Las aguas respondieron: "poco importa;  
 En nuestro territorio no penetra  
 Quien da, en vez de razones, amenazas,  
 Quien, en vez de crear, destruye y quema;  
 Y las lavas al punto se lanzaron  
 Impetuosas é hirvientes, por sorpresa  
 Pretendiendo ganar al enemigo:  
 Como el corcel herido por la espuela,  
 Irguíéronse las aguas tumultuosas,  
 Y comenzó la lucha, grande, excelsa . . . .  
 Y las lavas taladran las entrañas  
 De las aguas que próximas encuentran,  
 Y éstas, en parte, retroceden y huyen,  
 Mientras otras sucumben como buenas;  
 Y las lavas avanzan deslumbrantes,  
 Y al avanzar se tuercen y flaquean,  
 Sintiendo que las aguas van robando  
 El calor que circula por sus venas;  
 Y en tanto que columnas de vapores  
 Se escapan de las aguas y se elevan,  
 Y en tanto que detonan mil burbujas  
 De lavas que abandonan la pelea,  
 Sigue aquella candente catarata  
 Entrando á lo profundo de la brecha  
 Que forma el álveo del extenso río,  
 Pretendiendo llenarlo, cual si fuera  
 El metal en fusion que el estatuario  
 Despide sobre el molde. ¡Vana empresa!  
 Que aunque haya material por toneladas,  
 Aquel inmenso molde no se llena.

De pronto cesan todos los chirridos,  
 De pronto todo movimiento cesa,  
 Y nada más se notan los hervores  
 De las aguas, que bravas, no se aquietan.



Y á la entrada del cauce se divisa  
 Ancha franja de lavas, que presenta  
 El aire de serpiente quebrantada  
 Que sobre sus anillos se refleja;  
 Y, al irse amortiguando sus colores,  
 Se va quedando convertida en piedra.

Y las aguas triunfaron, como triunfan  
 En el mundo las causas que son buenas.  
 Esas lavas ya muertas, y esas aguas  
 Tan vivas, ¡qué enseñanza nos presentan!

Cuando los pueblos débiles se unen  
 No hay tiranía que domarlos pueda.  
 ¡Así perezca el invasor maldito!  
 ¡El poder arbitrario así perezca!  
 ¡Ay de aquellos que oprimen y destruyen!  
 ¡Ay de aquellos que abusan de la fuerza!

\* \* \*

Toda esa historia la adivina al punto  
 Quien llega á contemplar por vez primera  
 Tan agreste lugar; y cuando el vado  
 Se ha logrado encontrar y se penetra  
 En un camino estrecho que parece  
 Cortado en medio de profunda selva  
 De árboles gigantescos, cuyas ramas  
 La luz del sol dividen é interceptan;  
 Cuando el mortal allí se encuentra aislado  
 Ante aquella feraz naturaleza,  
 El ánimo se apoca, pero pronto  
 El orgullo del hombre se subleva,  
 Pues sabe que en un caso necesario  
 Con sus propios recursos sólo cuenta,  
 E indeciso entre dudas y temores,  
 Aquel silencio montaraz le aterra,

Aquella inmensa soledad le abruma,  
 Y oyendo el eco de una voz secreta,  
 Por miedo, por instinto ú otra causa,  
 Quien nunca rogó á Dios, allí le ruega.

## II

### ¡AY DE LOS VENCIDOS!

Tal es en general el rudo aspecto  
 Que á la vista presenta la comarca  
 Donde ha de darse fin al gran epílogo  
 De un inaudito y asombroso drama:  
 En el centro del delta que menciono,  
 Cortado, según dije, por las aguas,  
 Hay un lugar en forma de herradura,  
 Cubierto, por mitad, de lona blanca  
 Sujeta en sus extremos por correas  
 Sacadas de la piel de alguna vaca,  
 O de algún bravo toro, pues el pelo  
 Conservan adherido en una cara:  
 Cuatro fuertes horcones de zapote  
 Le sirven de sosten á la barraca,  
 Cuyas paredes débiles las forman  
 Carrizos secos y tostadas ramas;  
 Al frente, y protegida por la lona,  
 Hay una mesa de una sola tabla  
 Empotrada en el suelo, y por su vista  
 La debieron labrar á punta de hacha.  
 Detrás de aquella mesa, y casi al fondo,  
 Se ve tendido un catre de campaña,  
 En donde un hombre que en los treinta frisa,  
 Si no duerme, parece que descansa;  
 Y en uno y otro lado, por el suelo,  
 Echados en esteras ó en frazadas  
 Pensativos, durmiendo ó relatando  
 Cuentos de brujas, duendes y fantasmas,



Hay varios hombres repartidos; miéntas  
 Otros ni duermen, ni meditan, ni hablan,  
 Pues erguidos y mudos como sombras,  
 El arma al brazo, pasan y repasan;  
 Y son los centinelas que vigilan  
 Y el grato instante del relevo aguardan.  
 ¿Qué puesto militar es el que vemos?  
 ¿Qué tropas hay allí y quién las manda?  
 Ese es un campamento de insurgentes:  
 Esperad, y verémos lo que falta.

Siguiendo las orillas, encontramos  
 Un centenar de miseras barracas  
 Más pobres y pequeñas que la otra  
 Que mencionamos ya; y allí alojadas  
 Varias gentes de guerra, y también gritan,  
 Juegan y comen, bailan, beben, cantan  
 En torno de los puestos de agua fresca,  
 De tasajo, de mole y empanadas,  
 Donde varias mujeres, en cuclillas,  
 Soplan y atizan las dormidas brasas  
 Que han de cocer sobre el comal redondo  
 La tortilla olorosa y esponjada,  
 Miéntas otras mujeres amontonan  
 Sobre el negro metate en que quebrantan  
 El cocido maíz, gruesos bastones  
 De blanca, suave y remolida masa;  
 Y allá dentro del agua también se oyen  
 Estrépito de voces y algazara  
 De varios individuos, que desnudos  
 Muestran su habilidad miéntas se bañan,  
 Pues braceando, á lo rana ó á lo perro,  
 O boca arriba, con presteza nadan;  
 Y otros, sobre las piedras y en la orilla,  
 También sin ropa están miéntas la lavan.  
 Sigamos extendiendo nuestra vista  
 Y hallarémos escenas ménos gratas:  
 Allí se mira un galeron extenso

Edificado por la misma planta;  
 Es decir, cuatro horcones, ramas secas,  
 Y varias ramas gruesas amarradas  
 De través, con bejuco, y en el techo  
 Algunos haces de reseca paja.  
 Por dentro hay varias camas de carrizos  
 Y en ellas varias gentes acostadas;  
 Varios cacharros que contienen líquidos  
 Que tienen apariencias de tisanas;  
 Y se oyen ayes, quejas y estertores,  
 Y se miran facciones demacradas;  
 Allí hay heridos, cojos, mancos, tuertos;  
 Algunos muestran asquerosas llagas  
 Causadas por la nigua, que penetra,  
 De los piés, en los dedos y en las plantas,  
 Y que llega á causar entre la tropa  
 Más daño que la pólvora y las balas;  
 Más allá, de rodillas junto á un lecho,  
 Un sacerdote de cabeza cana  
 Exhorta á un insurgente moribundo,  
 Y se oye pronunciar estas palabras:  
 —Padre, me muero; confesar . . . . no puedo;  
 Quisiera hacerlo . . . . mas la voz . . . . me falta.  
 —No importa. ¿Te arrepientes de tus culpas  
 Con toda contrición?

—Sí . . . . padre.

—Basta:

En el nombre de Dios Omnipotente  
 Te perdono y te absuelvo . . . .

—Mas son tantas . . . .

Mis culpas . . . .

—Aunque fueran todas ellas

Más grandes que las cimas elevadas  
 De nuestras cordilleras; numerosas  
 Mucho más que la arena de las playas,  
 Todas han sido al punto redimidas,  
 Todas también te han sido perdonadas:  
 Dios bendice y sonríe desde el cielo